

EL ROSTRO DEL DOLOR

Mañana de Febrero sin sol. Este año, el calor tremendo de algunos días ha dado paso con frecuencia a días casi invernales. Hoy es uno de esos. No sé por qué estoy un poco nervioso. Es algo que nunca he podido evitar cada vez que en mi vida he debido llegar al Cottolengo. Será que me cuesta tanto encontrar sen-

tido al sufrimiento de un niño? O será también por el simple hecho de que yo tengo un hijo de seis años? No sé. Agustín, mi hijo, me ha pedido que lo lleve conmigo pero no me he atrevido.

—Cuando seas más grande...

Y la promesa ha quedado flotando ante el misterio.



El pequeño Cottolengo Argentino de Don Orión en Córdoba, está ubicado en el camino a Alta Gracia, a la altura del kilómetro 7 1/2. Su amplia edificación que al decir del poeta "son pabellones anclados con ansias de veleros", describen en su armoniosa geometría, la semicircunferencia de dos manos juntas, en actitud de humilde súplica. Y en esa geometría, muy bien distribuidos, están el Colegio Primario, con capacidad para mil chicos del barrio, los pabellones de niños y ancianos, el taller, el pabellón de hombres, el de mujeres, la Capilla, la Escuela Diferencial y la Casa de los Padres.

El Padre Luis Gastaud, un simpático gordito del sur Santafesino es nuestro anfitrión. Conoce el motivo de nuestra visita y se pone gentilmente a las ordenes de TIEMPO LATINOAMERICANO. Nos cuenta que la revista ha sido muy bien recibida allá en sus pagos y nos confiesa ser un entusiasta propagandista de nuestra publicación. En gesto yo diría litúrgico nos invita a comenzar el recorrido por los pabellones. No sé por qué pienso en ese instante que estamos por iniciar un Vía Crucis. Adelante, el Padre Luis. A su lado, Eduardo el fotógrafo, un joven universitario que ha venido acompañado de su hermana Liliana y de un hermanito, Esteban, de cuatro años.

EL PABELLON DE LOS HOMBRES

No tienen la edad en la figura. Por eso, tenemos que jugar un poco a adivinar los años. El Padre Luis hace las presentaciones del caso.

—“Este es Miguel. Cuando nació su madre lo abandonó en las vías del tren porque era deforme. Alguien lo recogió y vino a parar aquí”.

—“Este otro es “Monito”. El monito más lindo de Latinoamérica! Lo encontraron tirado en un pajonal”.

Liliana está asombrada. Eduardo se detiene para sacar sus primeras

fotos. Está sin habla. Su máquina ha encontrado el primer objetivo: dos muchachitos atados a la pared con grandes sogas.

—“Son enfermos, profundos, sin control. Suetos, se escapan”.

Todos los internos miran o parecen mirar a un aparato de televisión, a un “cané”, como le llaman algunos.

—“Este chico es hijo de una mujer humilde de Alta Gracia. Su madre viene todos los domingos desde hace catorce años a visitarlo, y se queda todo el día con nosotros ayudándonos.

—Y aquel?

Un muchacho hermoso, rubio, de ojos azules que se mueve constantemente en ritmo diabólico, es hijo de un médico fallecido de Córdoba. Se ríe a carcajadas y parece saludar contento nuestra llegada.

Liliana va entrando en confianza y se anima a preguntar:

—La edad de los internos, Padre?

—Tienen que ser católicos para ser admitidos?

El Padre Luis le explica que la única condición es ser sufriente y desechado por la sociedad. La edad de los internados, que entre hombres, mujeres y niños suman ciento veinte, va de los dos a los noventa y ocho años. Vienen de cualquier parte y a nadie se le pregunta por su religión ya que todo ser humano es hijo de Dios, y al decir de Don Orión solo se le pregunta si tiene algún dolor.

—“Este es Juan”.

Un morocho de unos treinta años viene a saludarnos. Es mudo.

—“Es el responsable de todo el grupo cuando nos ausentamos”.

Seguimos nuestro recorrido. Las estaciones del Vía Crucis no se van de mi mente. Es un largo camino este camino del sufrimiento.

Eduardo con su máquina de fotos. Liliana y yo con los ojos bien abiertos por el asombro. A los tres nos impresiona más que nada el cariño, la ternura que el Padre Luis y la hermana Dominga brindan a estos seres. Forman una verdadera familia.



Un verdadero hogar, donde el dolor se transforma en alegría por obra del amor. Testimonio silencioso de nuestro tiempo.

—Cuántos son los responsables de la marcha de esta Comunidad?

—Dos sacerdotes y seis religiosas, más la ayuda extraordinaria de un laico, un joven cordobés, Jorge Amigó de 30 años, que hace siete vino a vivir en nuestra Comunidad. Hace dos años este muchacho fué a Roma a la beatificación de Don Orión, representando en esa ocasión tan memorable a toda la Obra de Don Orión en la Argentina.

EL PABELLON DE LOS NIÑOS

Conversamos con el Padre Luis sobre el horario. Nos interesa saber cómo es un día común en el Cotelengo.

—“Nos levantamos a las seis de la mañana. Y después de las oraciones tomamos el desayuno. Luego, los que pueden ayudan a bañar e higienizarse a los incapacitados. Después se distribuyen el trabajo comunitario: lavadero, leña, cocina, atención a los postrados. Se almuerza a las 11 hs. Por la tarde, unos treinta, concurren a la escuela diferencial”.

Mientras camino, observo, interrogo, me doy tiempo para masticar entre dientes algo de la rebeldía inicial. Por qué este sufrimiento? Tiene algún sentido la vida de Oscarito, ese pequeño “animalito” traído de La Rioja que hace casi

veinte años se viene consumiendo lentamente sin tener la menor conciencia de su propia existencia? Únicamente la fé puede dar sentido a la vida de estos hombres y mujeres dedicados totalmente a estos deshechos humanos?

Y el Padre Luis, con una paciencia admirable, sale al paso de cada pregunta mía.

—“Únicamente por la fé, no. Si destruimos la vida de estos seres inferiores, abrimos la puerta a un genocidio atroz, porque otro u otros se arrojarán después la prerrogativa de decidir por tu vida. Y así los que se consideran “superiores” se arrojarán el derecho de suprimir a los “inferiores” y así sucesivamente... La fé enriquece y le da un sentido extraordinario a esto que es un derecho natural. Hoy por tí, mañana por mí”.

Y así desfilan ante nuestros ojos: Esteban, aquel pequeño monstruo, hermano de dos monjas y de un religioso. Domingo Aureli, un laico de 79 años que acaba de traer el donativo diario de una fábrica vecina: 70 kilos de carne y 110 kilos de pan. Esto lo viene haciendo desde hace veinte años, dos veces por día con el entusiasmo de un pibe de quince.

Eduardo graba en la máquina de fotos el hermoso gesto de dos pequeños jugando. Se dan la mano y

sonríen. Son felices.

LA ESCUELA DIFERENCIAL

Después de recorrer el salón donde se guardan los donativos de los amigos de la obra, llegamos a ver una verdadera obra maestra del Cottolengo: La escuela Diferencial. Una Dirección, dos gabinetes, un taller, dos aulas, constituyen el complejo de esta pequeña escolita llamada a ser modelo en su género en el país. Los alumnos se dividen en tres grupos: uno pre-escolar y dos escolares, bajo la supervisión de una Directora, tres gabinetistas, dos maestras de grupo y un maestro de carpintería. Todos con títulos exigidos. Comenzó a funcionar en 1981, Año Internacional del Discapacitado. Gracias a ella, 30 internados del Cottolengo, van descubriendo a través de las clases, un mundo nuevo y maravilloso que los ayuda a crecer y los capacita para enfrentar un poco mejor la vida.

Hemos conversado y tomado fotos durante dos horas. Un poco de mi rebeldía inicial ha cedido el paso a la paz y alegría que reina en este verdadero hogar.

Al caer de la tarde, vuelvo a la ciudad reintegrándome velozmente al mundo donde los "normales" no sabemos qué hacer para poder convivir. Donde a cada paso nos amenaza la destrucción y el país se sumerge en un pozo sin fondo. Esa

selva de cemento donde el hombre gime como animal acorralado. Y no sé por qué, viene a mi memoria la oración que en cada encuentro scout, elevaba al cielo un jefe amigo. Cuando las súplicas más dispares, parecían flechas en recta dirección al cielo, su voz ronca quebraba el silencio dejado por la última plegaria y sus palabras que aún resuenan

en mis oídos, trepaban por el corazón de las cumbres infinitas hasta el regazo de Dios.

—“Para que un niño no sufra”.

Hoy puedo decir que he comprendido su significado.

Máximo Layús

Fotos: Eduardo Knes

EL COTTOLENGO

Cottolengo es un apellido italiano, que pertenece a un santo canonizado por la Iglesia Católica y se llama: San José Benito Cottolengo, un humilde sacerdote de Turín—Italia, de la segunda mitad del siglo pasado. Este santo se distinguió por su enorme caridad para con sus semejantes más abandonados. Fundó para ellos un hogar y le puso por nombre “Pequeña Casa de la Divina Providencia”. Don Orión, admirador devoto de este santo, fundó dos congregaciones religiosas: Una para varones: “Pequeña Obra de la Divina Providencia” y otra de mujeres “Pequeñas Misioneras de la Caridad”.

Por su sinónimo de caridad, “Cottolengo” pasó a designar estas obras de caridad cristiana que pertenecen y atienden las Congregaciones Religiosas de Don Orión.

El Cottolengo de Córdoba inició sus primeros pasos en los años 1953, 1954, colocándose la primera piedra fundamental en 1958.

NUESTRO COTTOLENGO CUMPLE ESTE AÑO SUS BODAS DE PLATA. El director actual es el R.P. José Foglia.

DON ORIONE

El Beato Luis Orión nació en el Pueblo de Pontecurone, Piamonte—Italia el 23 de Junio de 1872. El lema de su vida fue “Restaurarlo todo en Cristo”.

Sus obras, respondiendo fundamentalmente en criterio auténticamente evangélico, apuntaron siempre a los más pobres y marginados, a los que no tenían cabida en otro sitio. Amó mucho a nuestra Patria, donde estuvo dos veces, permaneciendo sin interrupción por estas tierras alrededor de tres años, hasta 1937...

Opositor al régimen facista de Mussolini, debió abandonar Italia. Por ello, consideró siempre a Argentina como su segunda Patria.

Falleció hace cuarenta y tres años, el 12 de marzo de 1940 en la Ciudad de San Remo—Italia.

Fue beatificado en 1980 por el Papa Juan Pablo II.

ORGANIZACION
**SEGUROS
CORDOBA**

OPERAMOS EN
TODAS LAS RAMAS
DEL SEGURO

Una empresa asesora especializada al servicio de la previsión argentina

Agencias en toda la provincia

Avenida Olmos 123-3er. Piso
(5000) Córdoba-T.E. 23736